

REVISTA DE MADRID 1909

La Moda Práctica

AÑO II.

MADRID 15 DE SEPTIEMBRE DE 1909.

NÚM. 90.



La Moda Práctica

ILUSTRACIÓN SEMANAL DE LAS FAMILIAS

Esta Revista no se vende por números sueltos. Solo se sirve por suscripción al precio de 50 céntimos al mes en Madrid y al de 2,25 pesetas al trimestre en Provincias.—Número suelto á los suscriptores: 20 céntimos.

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

EXPLICACIÓN

DE nuestras planas en color.

En la portada dos elegantes *toilettes* para entrada de invierno.

El primer figurín es el de un traje hechura sastré, compuesto de un saco chaqueta ligeramente entallado, muy largo, abotonado, guarnecido de *soutache* y una falda corta sencilla. Vueltas del cuello y botones de terciopelo. Mangas largas y rectas con adorno de bandas de terciopelo en los puños y pegaduras del hombro.

Sombrero en crin con el ala levantada y guarnición de plumas.

El segundo modelo es también hechura sastré, con la falda corta y guarnecida por los costados de bandas de terciopelo, terminando en grandes botones. Chaqueta larga abierta por delante y entallada, cerrada por arriba con botones y ojales de pata de ganso. Vueltas del cuello de terciopelo y bandas al biés del mismo terciopelo en las mangas, que van adornadas de golilla con chorreras que suben hasta el codo.

Sombrero de terciopelo con cogotera de encaje y el ala levantada con guarnición de pájaro.

En nuestra doble plana, con el número 1, traje para niña de seis á diez años, en terciopelo á cuadros, con aplicaciones de Straps de tela. Blusa con canesú de Irlanda. Falda coliseada añadida; cintura y botones en Liberty.

Número 2.—Traje en paño para niña. Blusa adornada de pliegues y vueltas de tela formando fichú. Guimpé en encaje de Irlanda ó de tul. Falda con canesú y volante plegado; cintura y lazo por detrás en Liberty.

Número 3.—Traje para niña en kammgarn, adornado de trencillas; ribetes con pliegues de través, mangas que se ahuecan en el juego del brazo á la altura del codo, plastrón en Irlanda. Falda fruncida y cintura baja con roseta en Liberty.

Número 4.—Traje para niña de cinco á diez años, en terciopelo, adornado con bordado Inglés y entredoses de encaje; blusa con cuello de encaje montada sobre pespunte. Falda añadida que armoniza con la blusa; cintura trena en Liberty.

Número 5.—Traje para niña en velo estampado, adornado de entredoses de encaje; canesú y submangas de muolina plisada ó seda ligera. Falda coliseada añadida; cintura de tela adornada con un biés, y lazo atrás con cabos en Liberty.

Número 6.—Traje para niña de ocho á doce años, en velo estampado con ribetes. Blusa con delantero asentado que se prolonga hasta el borde de la falda coliseada, adornado de botones en seda apropiada. Sobremangas, plastrón en encaje y submangas análogas; cintura en Liberty adornada de una hebilla.

Número 7.—Traje para niña de seis á diez años, en paño de damas, adornado de ribetes al bordado. Blusa adornada de un guimpé, sobremangas, pliegues de través, plastrón en encaje, submangas en seda plegada y entredoses de encaje. Falda coliseada guarnecida como ruso; cintura y roseta en Liberty ó terciopelo apropiado.

Número 8.—Traje para niña de cuatro á ocho años, en terciopelo, hechura Imperio, canesú con cuello desnudo en Irlanda, bajo añadido y dispuesto en pliegues á lo largo, volantes y entredoses en bordado Inglés, cintura en Liberty anudada por delante con cabos flotantes.

En nuestra plana final labores artísticas por Salvi, en la que se indican con los números 1, 2, 3 y 4 los enlaces PO, UD, JS FN, para bordar con algodones lavables en servilletas.

Núm. 5.—Nombres de Clara y Crispiniano para bordar en pañuelos de batista de hilo.

Núm. 6.—Nombre de Rosa para camisas.

Núm. 7.—Angulo para bordar á punto de cruz en mantelería.

Núm. 8.—Cifra J para bordar á punto de cruz con algodón rojo en toallas.

Núm. 9.—Cenefa para bordar en sedas de colores aplicada á Saxe, marco, caja ó cartera.

Núm. 10.—Nombre de Virtudes para bordar en almohadas.

ECOS DE LA MODA

Todavía son un misterio las noticias de modas para la próxima estación invernal. No obstante, se puede afirmar que comienza el ocaso de los trajes ceñidos. Las delgadas, en mayoría, iniciaron la reacción.

Ahora, en otoño, como siempre, imperarán los trajecitos de hechura «sastré». Los matices, de un medio color, y la falda, de regular amplitud. Chaqueta, semilarga, trencilleada. Corbata de nudo, pasando por el cuello vuelto del camisolín. Cinturón de cuero con hebilla de metal ó de esmalte. Sombrero de fieltro y guantes blancos ó grises, siempre lavables. Zapatos americanos de piel de Rusia, con gran lazo ó hebilla y tacos altitos. Tal es un completo modelo de *toilette* de «todo trato» para la próxima estación otoñal. Así lo detallan figurines últimos é instrucciones novisimas.

Lanitas finas y flexibles, pañetes, gruesos tejidos de seda,

otomanos, sargas, terciopelos ligeros. He aquí lo que se anuncia como géneros de moda en la próxima temporada de invierno.

Bordados, franjas y pasamanerías continuarán disfrutando del favor de las elegantes, y como accesorios en los adornos, los *soutaches* y los botones de fantasía.

Es un error la creencia de que todos los modelos del pasado año se transformarán, apareciendo formas completamente distintas. La moda no suele sufrir tan radicales y bruscos cambios. Se modifica más lentamente, por grados, estudiándose cada vez el efecto de la novedad y viendo cómo es acogida la revolucionaria fantasía. Por dicha ocurre así, pues de lo contrario veríanse las señoras en la imposibilidad de utilizar géneros y vestidos de un año para otro, sometiéndolos como ahora se hace—á unas habilísimas transformaciones, que hablan en pro de la economía lógica que debe presidir los actos todos de la mujer arreglada y sencilla. Puédese, en efecto, ser verdaderamente elegante, sin que aparezca como necesidad el gastar grandes sumas, derrochando lo que en la mayoría de los casos hace falta para otros menesteres de la vida.

Este otoño volveremos á ver las chaquetitas y los abrigos mismos que estuvieron en boga durante la primavera última.

La originalidad de los nuevos sombreros parece ser que ha de iniciarse en la exagerada altura de la copa y en la reducción de los bordes.

La campana, se eclipsa. Alas, penachos y plumas de pájaros de brillantes colores estarán «á la orden del día».

Respecto á ropa blanca, jamás han sido de mayor novedad las enaguas blancas con volantes de encajes, bordados y cintas pasadas.

Nada más *coquetón* que esta nevada espuma que se deja entrever al subir una dama al coche.

Modelo de elegante sencillez, en el modo de vestir á las ni-

ñas, son las hijas de los emperadores rusos. Estas grandes duquesas se presentan siempre con una faldita de sarga azul y un camisolín á la marinera. *Canotier* ó sombrero de fieltro á lo boer.

Están muy en boga los dijes con deportivos emblemas, alfileres de corbata, agujas de sombrero, hebillas de cinturón, etcétera; todo ha de representar alegorías de juegos de recreo ó atléticos.

En cuanto á sombreros, el terciopelo constituirá su principal adorno.

LA CONDESA FLOR DE LIS.



Toilette muy original con cuerpo unido á la falda y faldones imitados, guarnecido de botones y vistas de terciopelo sobrepuestas. Manga larga sin adornos y falda con media cola por detrás.

DE ACTUALIDAD.==Notas de Melilia.



Doña Carmen de Burgos Seguí (Colombine), distinguida redactora de «Heraldo de Madrid», celebrando una interviú con unas mujeres hebreas.



El barrio de los hebreos en Melilla.

(Fots. Alfonso.)

GUERRA SANTA

Sobre la ensangrentada campiña donde hace pocas horas se destrozaban con furor dos numerosos ejércitos, la luna extiende su gracia, como sábana diáfana de luz.

Resaltan por todas partes como salpicaduras de plata, los restos dispersos de los aguerridos combatientes; armas, ropas, cadáveres destrozados de hombres y caballos se encuentran esparcidos por el suelo, en horrible confusión.

La batalla ha sido espantosa, como quizás no se haya dado otra alguna en todo el continente africano.

Las fieras que en días anteriores se disputaban sus presas en aquellos lugares abruptos, huyeron espantadas, cediendo la plaza a los hombres que invadieron sus dominios, para hacerlo teatro de otra lucha más encarnizada que la de las fieras: la lucha de creencias, la guerra santa.

Hacia muchos días que los dos ejércitos se habían situado en la planicie, aprestándose cada bando para el definitivo encuentro.

El resultado de la batalla iba a decidir de una vez el triunfo de la santa causa, con la derrota y exterminio de los infieles.

Los sacerdotes habían bendecido, en nombre de Dios padre, de todas las criaturas, los instrumentos de matanza, en una fiesta solemne, en la que se rindieron en su holocausto todas las banderas, insignia de sagrados deberes.

Fué celebrado el transcendental acontecimiento en una mañana primaveral en que el añil intenso de los cielos reverberaba los esmeraldinos campos cuajados de flores.

Los soldados sintieron vibrar en sus juveniles pechos la misma ardorosa fe que guió a sus antepasados en sus brillantes conquistas, a través de los otros pueblos más débiles, a quienes sometieron incondicionalmente a su férreo yugo.

El sacerdote dijo, en una plática llena de unción y santo recogimiento, a todo el ejército reunido: «Nada valen los placeres y las dichas de este mundo, comparadas con las que aguardan al vencedor de la fe en el otro»; y su voz, conmovedora, resonó como un oráculo, bajando del cielo en medio de aquella floresta exuberante de vida que acariciaba el viento cálido, venido de lejos, cargado de emanaciones balsámicas, cantos de pájaros y murmullos de hojas.

La batalla se celebró aquella misma tarde, a poca distancia del lugar donde se había verificado la petitoria solemne, en una extensa planicie que circundaba las elevadas estribaciones de las montañas feroces.

El encuentro fué terrible; primero atronó la espesa selva una estridente gritería mezclada con el son acelerado de cornetas y tambores; luego comenzaron a surgir por todas partes tropes de escuadrones con los jinetes semidesnudos, cuyos brazos, oscuros y enjutos como raíces seculares, se retorcan en torno de las enhiestas armas: lanzas, alfanjes y espingardas, y cuyas bocas, entreabiertas y espumantes, lanzaban los más despreciativos insultos a los asquerosos infieles cristianos.

—¡A ellos! ¡A ellos, creyentes de la verdad!—gritaban los santones, exhortando a la desenfrenada horda al combate.

Durante cuatro horas resonó el formidable estrépito de la lucha, sin tregua en el ambiente. Mataban despiadadamente, con cuantas armas disponían unos y otros: lanzas, espadas, alfanjes, sables, espingardas, fusiles y cañones, todo fué puesto en juego para el ciego sacrificio que reclamaban las respectivas divinidades de los combatientes, a quienes ellos invocaban cada vez que el acero se hundía en el vientre enemigo, ó cada vez que la tajante hoja destruía un cráneo maldito de un infiel.

La batalla no fué decisiva, porque a ninguno de los dos bandos implicó ventaja alguna sobre su contrario. El resultado verdadero fué tan sólo dar un soberbio festín a los antiguos pobladores de la selva, que, repletos del susto, volvieron ofateando a disputarse el codiciado alimento que las divinidades humanas tan generosamente le brindaban.

Cuando llegó la noche, los sobrevivientes de la jornada, lentos, cansinos, doblados a la fatiga y al calor, conocedores de que las fieras no tardarían en acudir y del peligro a que se exponían, abandonaron los muertos en el suelo a la clemencia divina, de la que las alimañas aprovecharon a su sabor, favorecidos por los tranquilos rayos de luna, que en toda la plenitud de su belleza iluminaban la extensa planicie.

No cabe duda alguna que la reputación de loco en que tenían al Sheriff Allami, le daba en su distrito ciertas consideraciones y regalías muy superiores, a las que gozaban la generalidad de sus habitantes.

En realidad, era un tipo extraordinario, medio brujo, medio curandero, con los ribetes de santidad que los creyentes del Corán conceden a los trastornados del juicio; vivía en la más completa libertad y disfrutaba de toda la consideración y respeto de los fanáticos creyentes que poblaban las cercanías del desierto.

Al Sheriff se le consultaba para todo, lo mismo para un casamiento que para averiguar si se debía sembrar aquel año maíz ó zaina, y su opinión era tomada muy en cuenta por los consultantes, que veían en él una especie de entidad sobrenatural, poseedora de misteriosas virtudes.

Cuando se predicó la guerra santa y los grandes santones pasaron los estandartes de aldea en aldea, exhortando a los creyentes a empuñar las armas para la guerra contra los enemigos de su dios, el Sheriff Allami se negó a seguirlos en la peregrinación, pretextando que el estado de la fe no le parecía suficiente en el pueblo, y que el resultado de la guerra no sería sino desastroso.

Disgustó extraordinariamente a los santones semejante conducta, y a buen seguro que si no hubiera sido por la consideración—y hasta el miedo quizás—que infundía su sagrada personalidad, lo hubiera pasado muy mal el Sheriff.

Con todo no dejó de tener sus sinsabores, pues no pocas veces los fanáticos rabiosos le obligaban a que explicara con mayor claridad sus asertos.

—Digo y repito—gritó una vez delante de un inmenso gentío, que le increpaba—que la guerra

esta vez ha de ser desgraciada, porque vuestras almas no están suficientemente preparadas para que nuestro profeta os ayude.

Uno de los más atrevidos de la reunión se adelantó hacia él, y con tóno, entre áspero y dulce, le dijo:

—¿Por qué dices eso, Sheriff?

—Porque es la verdad—repuso éste—. Ven acá tú mismo. ¡Desgraciado! ¡A qué pretendes ir a la guerra, después de haber desgastado tus energías en las luchas que hemos sostenido en colocar un nuevo emperador de los creyentes en su cojín de oro?

—A defender mi religión—respondió, bramando de ira, el fanático.

—¿Y tú la conoces acaso?—gritó más enfurecido el Sheriff—. ¿Te atreverías aquí a explicar ó a recitar siquiera lo que yo te diga...

Pues así sois todos; vais a defender lo que ignoráis y debíais saber; ¡con qué corazón vais a pedir la protección de vuestro dios, si lo tenéis ofendido con vuestra ignorancia?

Y la respuesta produjo su efecto, porque desde allí en adelante nadie se atrevió a discutir ni a contrariar al loco Sheriff, lo que obstó, sin embargo, para que quizás, por primera vez, se hiciera caso omiso de sus presagios.

Cuando ya comenzaron a reunirse los combatientes en el lugar destinado, el Sheriff apareció por última vez en medio de la chusma.

—¡Vete, Sheriff!—le gritaron—. ¡Vete, ó no respondemos de lo que te pasará!

Y el Sheriff juzgó oportuno retirarse, si bien les gritó desde lejos: «ya me buscaréis y no me tendréis»; y se fué a paso rápido para su choza, subiendo la ladera de la montaña.

La choza que el Sheriff habitaba era una de las mejores del aduar; admirablemente emplazada en un pequeño replano contiguo a una de las vertientes que lo proveía de agua fresca todo el año; desde ella se divisaba la planicie del extenso valle hasta una considerable distancia, que sus ojos escudriñadores se habían acostumbrado a investigar.

Cuando llegó malhumorado a su guarida, encontró en la puerta a su compañera que lo había sentido subir jadeante la cuesta.

—¿Qué traes, Sheriff?—le preguntó ésta en tono cariñoso.

—Déjame verlos—le respondió malhumorado—, colocando su mano de canto sobre las cejas; déjame verlos... Alla van, andando como fieras, a buscar la muerte, a dejar sin hombres el país, a sacrificarse por lo que ignoran; seguid, seguid; ya os darán los otros lo que buscáis... y se metió jadeante en el interior de su choza.

—¡Ay, Zoraida!—le dijo a su mujer—. ¡Si vieras qué ganas me dan de marcharme otra vez

de nuestra tierra para no ver estas cosas!...

—¿Y crees, Sheriff—le repuso ésta—, que en otros lugares no pasará lo mismo?

—Tienes razón, Zoraida; ahí están esos cristianos con quienes van a luchar, que hablan constantemente de una religión de paz que hace a todos los hombres hermanos, y que, según me contaron ayer, se han pasado la semana anterior pidiendo a su Cristo, el humilde, que les ayude a matar a sus propios hermanos; y el Sheriff, al llegar a este punto, soltó una estridente carcajada, capaz de revelar el fundamento de la opinión en que de loco lo tenían.

—¡Ah, bestias! ¡Bestias! ¡Pendis con humilde hipocresía a nuestro santo padre que os ayude a matar a vuestros propios hermanos!

El poeta Juan de Abisinia escribió esta poesía sobre la batalla:

—«Oh, patrón nuestro, Santo Señor de la humildad;—tu brazo levantóse iracundo para castigar a tus enemigos;—su sangre empapó la tierra,—sus despojos los devoraron las fieras!—¡Gloria a ti, Señor, que tal hiciste!»

El poeta Hady-El-Chaer cantó así a los vencidos:

«Oh, Señor, de los creyentes!—¡Esperamos que nos alcance tu perdón!—¡Ese día, tú, piadoso de los piadosos, nos ayudarás a saciar la venganza, que será la tuya!»

—¡Oh, vencidos por los malditos creyentes del cristianismo!—¡Esperad el día en que el Todopoderoso arme vuestro brazo!

Estas dos poesías se las leyó en una mañana de estío el Sheriff Allami, el loco, a su mujer Zoraida, y después de haberlas leído, le dijo:

—Oye, Zoraida, si las fieras pudieran entender esto, ellas, que sólo luchan por el alimento, ¿qué pensarían?

ELVIRA ESTELLÉS MONTAGUD.

EPIGRAMAS

Al escribir de ligero un candidato oficial su programa electoral, intentó decir *paz quiero*. Y como esas cosas van según le place al diablo, se equivocó en un vocablo, escribiendo *quiero pan*.

De parto Antonia se hallaba, y era el trance tan cuidado, que su esposo, acongojado é inquieto, se lamentaba. Ella, al verle así molesto, para consolarle al pronto, le dijo:—No te apures, tonto, que no tienes culpa de esto.

CARMEN URQUIZA DE CABEZAS.

Carmen

Nombre para bordar en servilletas.

Psicología de la Moda.

XVII

Los hombres serios que estudian la evolución comercial del mundo explican la abundancia de tiendas de *modes* en París por medio de la disminución constante de los precios. En efecto; mientras en todo ó en casi todo lo necesario y lo supérfluo la carestía sigue una escala ascendente á través de los siglos, en el tocado femenino pasa lo contrario. Los sombreros con pájaros y blasones, por los que las damas del siglo xv pagaban 2.000 escudos, no existen ya sino en las colecciones y en las leyendas. Hoy los *couvre chef* de las elegantes más elegantes pasan rara vez de cuarenta duros, y en cambio bajan hasta sumas humildísimas. Lo que con un poco de habilidad y otro poco de buen gusto puede hacer la mujer pobre, es milagroso. Un alambre, un pedazo de velo y una cinta, bastan. La modistilla lo arregla todo. Y cuando, el domingo, Mimí Pinsón se cubre con eso su rubia cabellera, parece que lleva una corona principesca. Los sombreros que se venden á dos francos setenta y cinco céntimos—dice Avenel—producen el treinta por 100 á sus fabricantes, de modo que realmente no cuestan sino un franco noventa céntimos, repartidos así: dos metros y medio de cinta, á veinte céntimos el metro; un *piquet* de flores, de veinticinco céntimos;

un metro de tela para cubrirla, ochentay cinco céntimos. *Voilà*. ¡Y cuántas lindas burguesitas, cuántas picarescas grisetas, cuántas locas de sus cuerpos van por ahí con un tan humilde tocado, sin que nosotros, los ingenuos hombres, notemos siquiera que están menos ricamente ataviadas que la bella Otero ó la divina Cavallieri! Mucho más que en el traje, en el sombrero la elegancia es cuestión de hechura y no de materiales. Con las más bellas aves del Paraíso, con las más caras pajas de Italia, con las cintas más admirables de Saint-Etienne, una *miss* no logrará jamás hacer lo que con su metro de tela y sus cinco centavos de flores hace una *demoiselle*.

Porque no hay que discutir sobre este punto: el sombrero femenino, el fantástico, el caprichoso, el sonriente sombrero que engalana, que completa, que seduce, que sorprende, que es algo loco y que es tan coqueto; el sombrero artístico, es un producto de París por excelencia. En Londres, en Viena, en Buenos Aires, en Nueva York, en Madrid, en todas partes, costureras admirables visiten con una ciencia consumada los bellos cuerpos. Pero ¿en dónde las modistas rivalizan con las parisienas? ¿En dónde con casi nada se confeccionan esos deliciosos poemas de plumas? ¿En dónde igual fanta-

sía se une á igual armonía?...

—A pesar de todo—decía Bismark—, yo seguiré pidiendo á París los sombreros para mi mujer y el champaña para mí.

Y esta supremacía se explica por el amor que la francesa en general tiene desde los más remotos tiempos por el tocado lujoso. En las estampas antiguas se nota. Las venecianas, por ejemplo, eran más lujosas en sus mantos, y las inglesas más ricas en sus joyas. En el *couvre chef*, ya sea el *henin* de la Edad Media, ya sea la toca del siglo xv, ya sea el fieltro de los Luises, ya sea la guirnalda de flores de Triánón, siempre la francesa ha sido la primera. Hoy mismo, mientras una muchacha modesta de Roma ó de Viena se desvive por comprarse una falda nueva y no piensa en un nuevo sombrero, la obrerita de París guarda en verano su traje de invierno, pero se compra un sombrero florido. En las clases más altas, más altos son los sacrificios. Hace apenas dos años, lo vimos en un proceso. Una modista reclamaba á la mujer de un diputado nueve mil francos por los sombreros de un año.

—¿Usted gasta en sombreros más de lo que su marido gana!—exclamó el juez, irónico.

—¡No soy yo la única!—contestó la dama seria.

Y, en efecto; no es la única, no: ni siquiera la más extravagante. Ciertas damas de la aristocracia israelita, cuyas cuentas han salido á relucir en los escándalos financieros de estos últimos tiempos, dan á ganar—y á veces á perder—á las trein-

ta y tantas modistas de la rue de la Paix, sesenta ó setenta mil francos anuales.

La suma, que á primera vista parece fabulosa, resulta, cuando se la examina de cerca, verdaderamente inverosímil, puesto que según un dato que he leído en todas partes y que apunté al principio de este artículo, los sombreros lujosos de las mujeres no valen nunca arriba de doscientos francos.

Pero aquí un especialista me detiene y me dice:

—En todo hay excepciones, y en cuestiones de elegancia femenina más que todo. Los sombreros no *deben costar nunca* más de cuarenta duros, es cierto... Sólo que á veces cuestan el doble y aún el triple. Hay plumas que valen por sí solas ciento cincuenta francos, como el ave del paraíso blanca, como el «curucucú» indico, como el «mulfils», como el pecho de acero», como otras cuantas. Y si usted calcula que para adornar una toca cualquiera se necesitan tres de esas plumas ó penachos... y que, además, es preciso que la modista gane, por lo menos, un 30 por 100, no resulta difícil adivinar el precio de las *fournitures* que, poco á poco, forman esas cuentas que nos espantan á nosotros, hombres, y que á las mujeres les parecen naturales... Porque la mujer, en cuanto se trate de sombreros, no conoce el valor del oro...

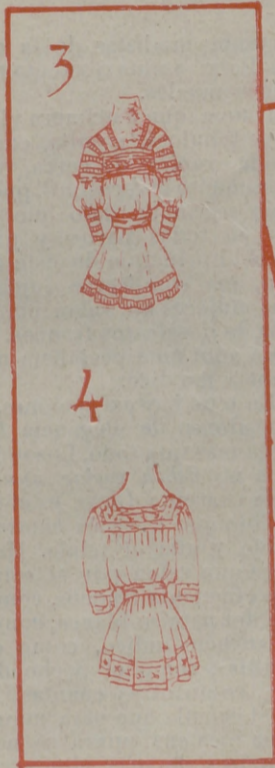
E. GÓMEZ CARRILLO.

Festones para bordar, Fuentes, 7.

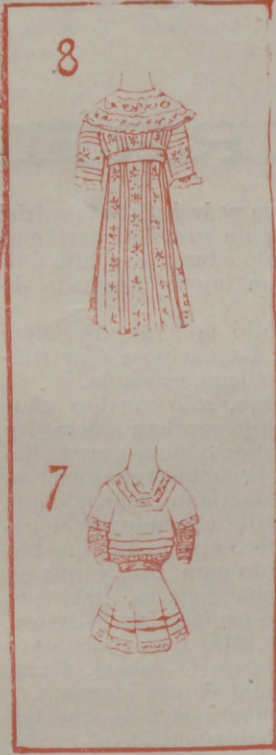


Nombre [para bordar en sábanas.

En mode



Practical



IRREDENTA

¡Pobre padre! ¡Cuánto sufría! A costa de grandes sacrificios consiguió educar á su hija única en un lujoso internado de monja.

Cumplió la niña diecisiete años. La mariposa convirtióse en brillante crisálida.

El viejo, sólo muchos años (que la hija perdiera á su madre de muy pocos meses), creyó llegado el instante de confortar su triste aislamiento, haciendo que la chiquilla abandonara el colegio. Pero ella le dijo que había nacido para Dios y que no podía abandonarle, habiendo decidido profesar de religiosa.

Al oír estas frases, el pobre anciano bajó la cabeza, derramando abundantes lágrimas.

¿Quién era aquella que tan pronto había perdido el cariño de su padre?

Visto tal rebeldía en su hija, y que ni con palabras dulces ni con consejos podía ablandar su corazón, determinó hacer uso de los derechos que la previsora ley concede á los padres. Así lo hizo; pero qué desgraciado fué! La rebelde salió del convento, pero á la fuerza, y lo que se hace por este medio, siempre, por desgracia, resulta mal. ¡Qué desgraciado fué aquel pobre señor! ¡Cuánto sufrió en un año que su hija estuvo en casa! Nunca dirigía una palabra dulce y de consuelo á su padre, todo lo contrario; mucho confesar, mucho ir á misa; pero la niña no confesaba que su padre, triste y melancólico, moría de tristeza y de dolor.

¿Qué religión había recibido esta niña? La que suelen recibir estas criaturas inocentes. Así pasó hasta que la mala hija cumpliera los veintidós años, en que, soberbia y sin corazón, reclamó á su padre la parte que le correspondía en los bienes maternos para apartarse de su lado por siempre.

Llegó el día fatal de renunciar á su padre, el cual tuvo valor para ver esta tristísima ceremonia en que moría su hija para el mundo, aunque antes el pobre viejo, llorando y poniéndose de rodillas delante de su hija, le pedía por Dios estuviese á su lado durante los pocos días que le quedaban de vida; pero ella no hizo caso; llegó la hora y cumplió su propósito.

Eran las nueve de la mañana, hora señalada para la ceremonia. Entramos en la capilla y lo primero que vimos fué el altar de la Virgen del Carmen iluminado con grandes arañas de luces formando caprichosos laberintos.

Su suelo, adornado con abundantes y pálidas magnolias, y sus lados cubiertos de rosas y orquídeas de Italia.

Grandes palmeras se destacan por las amplias puertas de la capilla donde la hija del padre abandonado había de profesar. También tocaban y cantaban en el coro aquellas suaves me-

lodías de iglesias, que cantadas por las dulces voces de las esposas de Jesucristo, hacían llorar al corazón más fuerte; ya parecía que estábamos en el Paraíso con los ángeles disfrutando de las delicias que Dios tiene destinadas para los buenos.

Todo esto fué lo que pude ver á primera vista hasta que salió el reverendo fray José, con su gran túnica de gala, bordada en oro; da comienzo la ceremonia, y mi amiga, vestida de blanco, puestas sus rodillas en una silla y en medio de las dos regentes principales, contestaba á las preguntas que se le hacían y leía los artículos que se le imponían para su profesión y retiro del mundo, recibió la Sagrada Forma, la reclinaron en el suelo para meterla en la caja mortuoria, encendiéronse los cuatro cirios, despidieron incienso sobre su rostro, se cantaron los funerales, al mismo tiempo que las campanas resonaron con el toque de muerte. El silencio sepulcral hacía que se oyeren fuertemente los sollozos que á todos causaba esta ceremonia.

Concluido el responso, la cogieron de la mano las dos superiores para que se levantara, y pusieronle la insignia de esposa de Jesucristo.

Mientras tanto, al padre, sentado en el rincón más mísero de la iglesia, nadie lo miraba ni hacía caso del pobre viejo, que, acogojado, lloraba tristemente su desgracia.

Todo esto lo vió el pobre viejo, pero aun teniendo esperanza de recibir el último beso de su hija cuando se acabase la ceremonia.

Al poco rato vió desfilar elegantes damas forradas de cachemir y zebelina, que, alegres y regocijadas de ver la gran ceremonia realizada, se acercaban á uno de los grandes salones del convento donde les esperaba un espléndido *lunch* de pastas, dulces, Jerez y vino de Champagne.

Era el agasajo en honor de las damas que en sus grandes *landeaux* se dignaron asistir á la solemne ceremonia de convertir la pecadora en una verdadera santa.

Todo esto vió el padre, el cual estuvo allí hasta que apagaron la última vela del altar donde su hija renunció al mundo. Ya iba á acercarse, cuando se le aproximó un hombre diciéndole qué dónde iba, que se estaba loco, que saliera, que ya se había concluido todo y que allí no tenía nada que esperar; pero él, insistiendo, dijo: ¿Cómo que no? ¿No tengo aquí á mi hija que es la que acaba de profesar? Los que le escuchaban reían á grandes carcajadas. Pero, ¿qué dice? Está completamente trastornado. Consiguieron echarlo de la iglesia.

¡Qué desconsuelo tan grande!

¡Qué pena y qué dolor no pasaría aquel hombre en los pocos días que duró su vida después de este día, hasta aquel en que murió en la última miseria!...

Habían pasado dos años. Un día pensé en ir á ver á mi antigua amiga al convento. Llegué al sitio indicado, llamé en un gran aldabón de metal que hay á la derecha y asomé una esclava por la rejilla y me preguntó lo que deseaba, pero sin abrirme la puerta. Al ver que daba todas las respuestas exactas á las preguntas que me hacían, conseguí entrar en el sagrado recinto. Me preguntaron el nombre de la monjita á quien iba á visitar. Yo dije que se llamaba María en el mundo. Por fin, pasé á una salita reservada, en la que esperé quince minutos. Al fin apareció mi amiga con traje blanco y arrastrando la cola de una reina; quise besarla y abrazarla, pero ella, retirándose con los brazos abiertos, me dijo que le estaba prohibido besar á ninguna pecadora; yo me quedé triste y pensativa, sin poder articular palabra, hasta que ella, interrumpiendo mis imaginaciones, me dijo:

—¿Qué me quieres que con tanto interés buscase mi humilde persona? No la conozco á usted. No necesito saber nada ni de nadie del mundo.

Entonces, yo, insistiendo en hablarla, le dije que su padre se había muerto en la última miseria, y ella, indiferente, me dijo:

—¿Qué padre? Yo no reconozco más padre que mi Dios y mi comunidad.

A lo que yo entonces, recordando un poco de aliento para contestar á tan infame respuesta, le dije:

—Es usted mi antigua amiga que por travesía y mala tuvieron que meterla interna en un encierro como en el que hoy se encuentra. ¿Eres tú, mejor dicho, la que rezas tanto, que manifiestas ser tan santa, que comulgas todos los días, que confiesas tus pecados y que te arrepientes de haber ofendido á Dios? ¿Haces penitencias y silicios para sacrificarle y ofrecerlo todo al Omnipotente? No, mi mala amiga; Dios no quiere sólo esto. ¿Cómo quieres que un Ser tan bueno, tan sabio, tan justo y misericordioso como Dios consienta y quiera que una hija maltrate á su padre, le rehuse su cariño, le desprecie, y, por último, le abandone en su vejez y le usurpe todo cuanto tiene, hasta dejarlo perecer en la miseria? ¡Sin un consuelo de su hija y sin un beso de cariño en el último instante de su vida! ¿Es esto lo religioso? ¿Es esto... tu santidad...? Si es esto, te desprecio y te compadezco, porque este Dios, que es tan justo, sabrá dar el pago á cada uno como se lo merezca.

Todo esto lo dije yo «de carrerilla», sin dejarla articular palabra hasta el fin de mi relato, que la ví cabizbaja y pensativa, pero sin derramar una lágrima por sus ojos, que, sober-

bios y altaneros, se resistían al arrepentimiento.

Nada me dijo; yo determiné marcharme, y la dije que mi visita era para decirle todo aquello.

—¡Pide perdón á todas horas —terminé— y en tus oraciones pide por aquel hombre, ruega por aquel padre que por tí murió de miseria y dolor!

Cerré la puerta violentamente y gané la puerta de la calle, tras de sortear, con no pocas dificultades, un dedalo obscuro de solitarios pasillos, remedo de la tumba.

CONSUELO NOCETA.

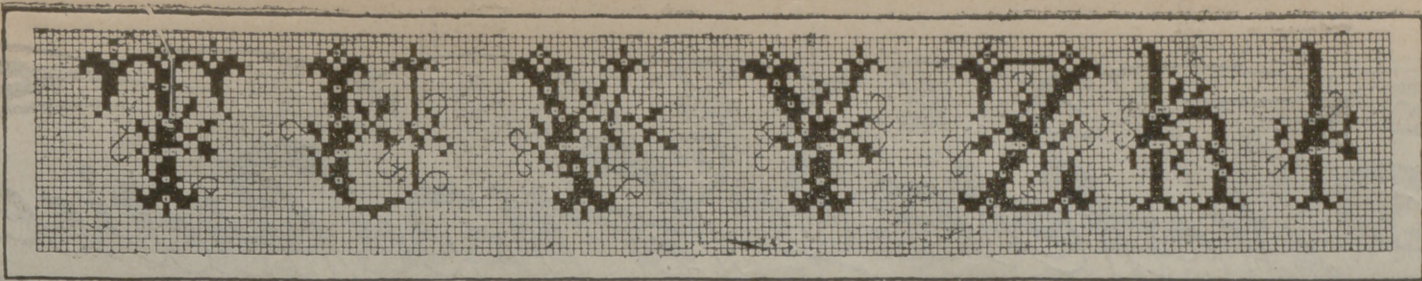
EL COLOR DEL MAR

Azul, dicen unos; los otros, rojo; verde, afirman los de más allá, y todos tienen razón, porque si las aguas del mar aparecen generalmente de un azul obscuro, ello es debido á la refracción del cielo, á la profundidad y á otras cosas locales; verde, en el Adriático; azul indigo, en el Pacífico; más indigo aún, en el Atlántico Norte. Los mares aparecen rojos en Levante, azul pálido en el Océano Antártico, y de todos los colores, en la imaginación de los poetas.



Vestido hechura sastre con levita larga abierta adornada de botones y ojales de pata de ganso, sobre una blusa de seda con cuello chal de satén que monta sobre las solapas de la levita. Falda de talle alto unida con media cola.

11



7A

Lola

12.

Patro

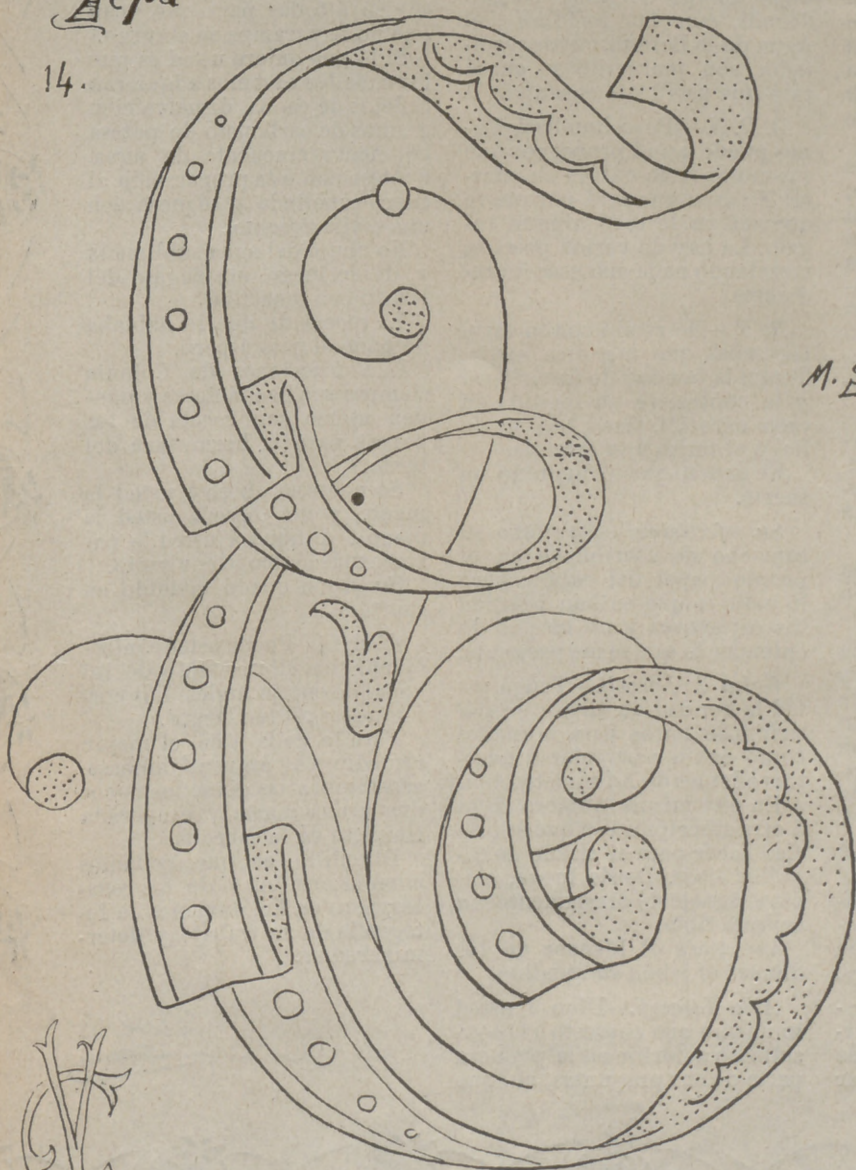
13.



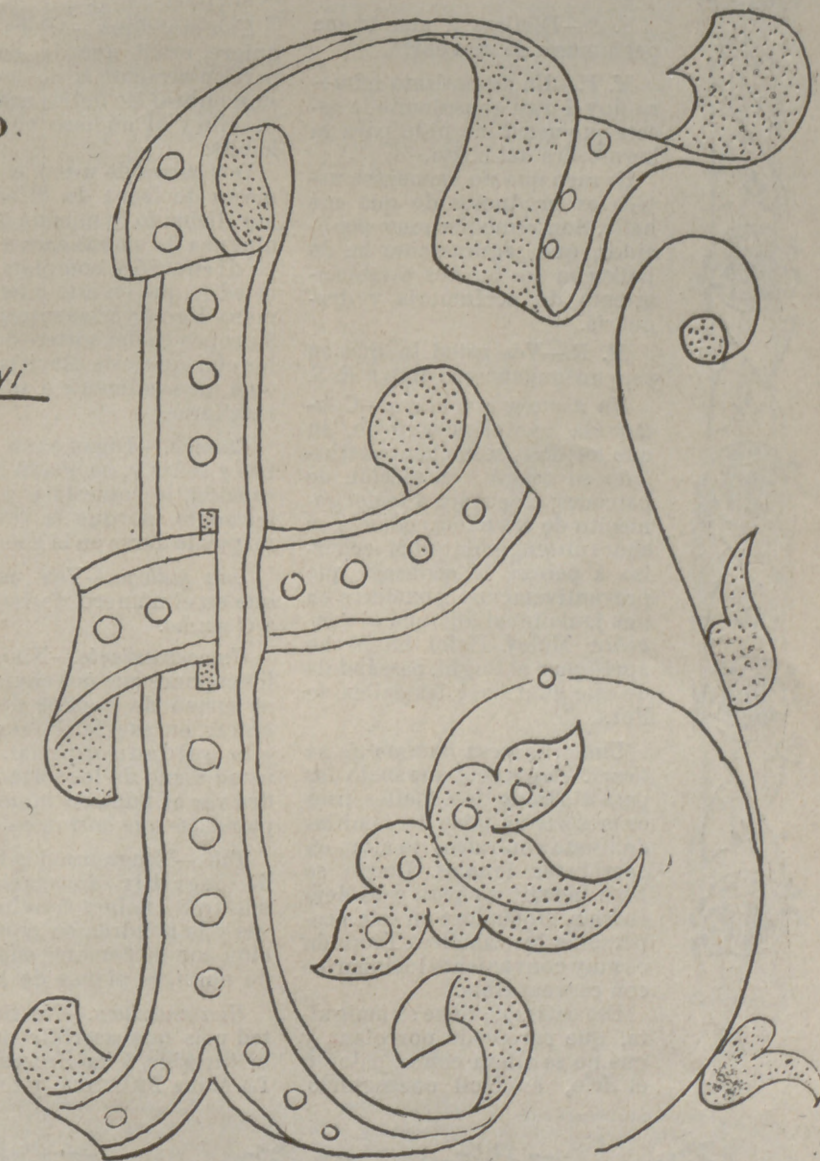
Ricadonis
Tepa

15.

14.



16.



M. SALVI



Número 11. Cifras T, U, V, Y, Z, h, l, para bordar á punto de tapicería en paños de limpieza.—Núms. 12 y 13. Enlace TA y nombres de Lola y Patro para pañuelos de niñas.—Núm. 14. Capricho para pañuelos, nombre y apellido.—Núm. 15. Nombre de Matilde para bordar en almohadas.—Núm. 16. Cifras E, F, continuación de abecedario para bordar sábanas.

Estafeta de La Moda Práctica

Scnatina.—El mejor decolorante es, en mi concepto, el Agua Oriental, con el que podrá usted conseguir la igualdad en el tinte de sus cabellos.

Una fea que todos la quieren.—Casualmente, para los varios extremos de su consulta, en todos ellos está indicado el uso del Agua de la Juventud, cuyos resultados no se harán esperar.

E. R.—Traslado su carta á la sección de patrones y en ella le darán cumplida respuesta.

Ester.—Respecto á las primeras preguntas de su carta, digo á usted lo mismo que á la consultante anterior. Vea usted una buena loción contra las pecas.

Hágase hervir harina de avena en agua durante algunos minutos, pásese luego por un lienzo fino, agréguese unas gotas de Agua de Colonia y lávese el rostro con este preparado dos ó tres veces por día.

Para contener la caída de los cabellos use usted el aceite de ricino, la brea, la quinina y el azufre, preparados en dosis más ó menos fuertes.

Velázquez.—Tenga la bondad de dirigirse directamente á la Administración de LA MODA PRÁCTICA y le indicarán lo que desea.

E. S.—Diríjase á una buena perfumería de esta corte.

M. F.—En este mismo número doy á otra consultante la receta que usted me pide para la hermosura del busto.

Es raro que no encuentre usted los productos de que me halla. Son remedios muy conocidos, que seguramente ha de hallar en los buenos establecimiento de perfumería y droguería.

M. R.—Vea usted lo que en este mismo número digo á E. S.

Un aspirante á viudo.—Conmovida por el purgatorio, en que me dice, se encuentra, traslado su ruego á la sección de patrones; en cuanto á lo del geniecito de esa dama, como por ahorano tengo con quien «echarla» á pelear, le aconsejo que preventivamente la encierre en una jaula igual á la que el vencedor Muley Hafid ha hecho aprisionar al Roghi, paseándole de este modo por las calles de Fez.

Una aragonesa ausente de su tierra.—La receta que suelo dar para el rizado de cabellos lisos es mezclar un poco de semillas de linaza con raíces de altea en cantidades iguales. Luego se hace hervir, se pasa y se deja enfriar, mojándose en esta preparación los cabellos. También es muy conveniente locionarlos con cerveza tibia.

Ese cutis que tiene su amiguita, que parece de porcelana y que no se altera con el calor ó el frío, es fácil conseguirlo,

usando lociones de Agua de la Juventud y encima, para secar, los polvos finísimos, cuya fórmula secreta se conoce en droguerías por la de «Siempre veinte años».—El preparado de que me habla para igualar el color de los cabellos puede adquirirlo en las buenas perfumerías.

Recibimos su cupón para el sorteo de regalos. Descuide usted que todos entran en suerte. Ya sabe que la rifa se hace pública y mensualmente en los salones de nuestro colega *El Liberal* anunciando el acto con cautelación.

No tiene usted faltas de ortografías, la letra es pasadera, y el papel en que escribe su cartita, original y precioso.

Luz.—Si tanto la estropean la cara y las manos los primeros fríos, use debajo de los polvos la crema *Izur* y no tendrá nada que temer. La encontrará: Carmen, 2.

Una catalana.—Más bien que verdadero tinte, el Agua Oriental es un decolorante que iguala el color del pelo.

No tema usted que sea perjudicial á la salud. Asimismo, ni el sol ni la luz modifican sus efectos, ni lo dañan tampoco en la apariencia.

Una murciana.—¿Pero cómo quiere usted que le conteste particularmente si no me dice su nombre? Me indica nada más la calle y el número en donde habita.

Dos cartas de usted, con tres meses de fecha de diferencia, hay diciendo lo mismo; pero en ninguna de ambas cartas viene la dirección completa.—Vea usted lo que en este mismo número digo á varias suscriptoras á propósito del sorteo de regalos con que esta Revista obsequia mensualmente á sus favorecedoras.

Chuncho.—Dígame su nombre y señas y, haciendo una excepción, le contestaré particularmente, porque la respuesta no puede darse en la Estafeta.

Una gallega.—Vea usted lo que en el número de hoy digo á Chuncho.

Un pensamiento.—Ninguno de los cupones que nos envían para el sorteo de regalos dejan de entrar en suerte. Ponemos en ello cuidado especial. Asista usted á uno de los sorteos y podrá ver el número inmenso de papeletas que entran en suerte.

Toló.—Tenga usted la bondad de escribir directamente á nuestras oficinas administrativas y la pondrán en comunicación con la persona encargada de nuestras planas de labores.

Una andaluza.—No tiene usted más que escribir una carta dirigida á la Secretaria de LA MODA PRÁCTICA, y formular

las preguntas que desee, que le contestaré siempre con gusto. No hacen falta requisitos especiales.

S. de Atocha.—No siendo como usted ya supone—la encargada de la sección de patrones, recomiendo su ruego donde corresponde.

Una morena muy graciosa.—Basta con cuatro meses de luto, dos riguroso y dos de alivio.

No hacemos tapas para la encuadración de LA MODA PRÁCTICA.

Zaragozana.—Para hacer en casa el extracto de ámbar, mezclense estos ingredientes: espíritu triple de rosas, un decilitro; tintura de ámbar gris, dos decilitros; esencia de almizcle, seis decilitros; extracto de vainilla, veinticinco gramos.

El tinte más enérgico é inofensivo que puedo recomendarle es el llamado *Jouvence*, que se distingue por la persistencia y rapidez de sus efectos.

Una suscriptora de Sevilla.—Vea usted lo que en este mismo número contesto á la suscriptora que firma sus consultas con las iniciales *M. R.*

Lourdilas.—Cuanto me dice en su carta le desaparecerá al poco tiempo de tratar su epidermis con las lociones del Agua de la Belleza, cuyos resultados son maravillosos en el caso que usted me consulta.

D. P. N.—¿Pero, hombre! ¿Cómo puede usted probarnos que sus cupones no entran en suerte? No creo que será porque ve que aún no le tocó ningún regalo. La hay de varios precios, mezclando nada más esos ingredientes.

R. V.—No recibí con su carta las señas que me dice envía. Tenga la bondad de hacerlo así y le contestaré en seguida en carta especial. Hasta hoy no le llegó el turno á su epístola.

El cupón quedó incluido en suerte.

Su afectísima.—Respeto su capricho de escribirme en el propio papel del cupón; pero lo malo es que se han borrado los caracteres y no he podido entender lo que se me pregunta.

Gala de Lovell.—Tenga usted la bondad de dirigir su petición de letras para bordados como envío particular á nuestras oficinas de Administración.

En este mismo número digo á otra suscriptora lo que es preciso hacer para el rizado de cabellos lisos. Desde luego, empiece á mojarlo diariamente con cerveza tibia.

Use para el blancor de los dientes el jabón amigdalino.

Aida Lisangl.—Digo á usted lo mismo que contesto á la consultante anterior en la primera de sus preguntas, aunque

debo advertirla que no señala usted cuáles letras desea. Especifíquelo al escribir en la forma que le digo.—Para la higiene y blancura del cutis, podría aconsejarle varios procedimientos, entre los que figura, en primer término, el uso de diarias lociones con Agua de la Juventud, y después darse polvos de los más finos, iguales á los que recomiendo á la suscriptora que firma su consulta con el pseudónimo: *Una aragonesa ausente de su tierra.*

C. M.—Aunque los versos no son feos, me dice el director que no «encajan» en el «marco» de esta publicación.

Una madre esclava de sus hijas.—Una buena fórmula para hacer en casa brillantina para el pelo es la siguiente: Glicerina, cien gramos; aceite de tuberosa, cien gramos; alcohol, doscientos gramos; esencia de geranio de España, dos gramos.

Madame Recamier.—Seguramente que al leer este pseudónimo muchas suscriptoras creerán que no sigo el turno. Y lo digo porque no hace muchos números que contesté también á Madame Recamier. Obedece á que en espacio de poco tiempo escribió dos cartas seguidas. (Aviso á todas para que vean que no hay trampa en el turno.)

Si lo que quiere usted es que los cabellos castaños adquieran reflejos de caoba, disuelva cien gramos de carbonato de potasa en ciento cincuenta de agua. Frótese con esta preparación el cuero cabelludo y séquese con una toalla caliente.

No abuse del agua sublimada y, desde luego, absténgase del rizado con tenacillas.

La receta de que le hablaba no pone el pelo áspero.

Las frucciones de Colonia siempre son beneficiosas y pueden usarse con receta de los polvos para la hermosura del busto.

Se contesta «beso á usted la mano» y no «bese á usted la mano». Aunque á usted le parezca más lógico lo contrario.

Su cupón quedó incluido en suerte.

Charito.—Puede usted confeccionar los stores tanto de tul como de encaje inglés. Los cortinones se estilan largos.

Para lo de la niña, el mejor remedio es, preventivamente, acostumarlas desde los pocos días á una diaria y exagerada limpieza de la cabecita.

Dificillito es que podamos complacerla en lo de los regalos; pero en fin, envíenos la fotografía de su trabajo y determinaremos.

Su Secretaria



Charlemos.

En el número 88 dedicamos esta seccioncita á la higiene y belleza de la cavidad bucal, ofreciendo continuar la materia, como lo hacemos hoy.

Colorido de los labios.—Los labios purpurinos es el mejor indicio de una buena salud. Es también una de las más atractivas bellezas del rostro femenino. Inútil es el empleo de cosméticos. El ojo menos experto no se dejará engañar. Los efectos en los labios tienen el gran inconveniente de impedir el contacto directo del aire con las mucosas. Evitense, sobre todo, las cremas que contienen sulfato de zinc y acetato de plomo, cuyos efectos son desastrosos. Hágase una excepción en favor de la pomada rosa, gran preservativo contra las inclemencias del frío. Una mezcla de diez gramos de cera virgen, setenta de aceite de oliva y cien de miel rosada, es de indudables resultados para las grietas de los labios.

Para tener los labios naturalmente encarnados, es conveniente introducir los labios durante cinco minutos en agua templada. Una succión ligera, mordiéndose los labios delicadamente, los colora por breve rato.

Evitad el frío y el viento en

los labios, sobre todo estando húmedos.

Las encías deben mostrarse igualmente encarnadas que los labios. Lo contrario es sintoma de anemia.

El empleo de dentríficos alcoholizados, que se consideran como perfectos astringentes, son á menudo nefactos á las encías, pues las irritan sobremanera.

Las encías, como todas las mucosas, son en extremo delicadas. Es preciso, al pasar el cepillo, hacerlo de arriba á abajo en la mandíbula inferior.

Para la inflamación de las encías que suelen presentarse con frecuencia, produciendo vivas molestias, se recomiendan los baños de pies muy calientes y los sinapismos de mostaza.

Nada más lindo que unos dientes bellos. Nada, no obstante, más raro. No podemos ser responsables de que tengamos la dentadura fea, de mala forma; pero si lo somos de descuidarla con punible abandono. Evitense, ante todo—por ser muy perjudicial á la salud del sistema dentario—, las transacciones bruscas del calor y el frío y viceversa. El agua para lavarse los dientes no debe estar ni muy fría ni muy caliente. Sólo tibia. No bebed nada frío inmediatamente después de tomar la sopa.

Comed, lo menos posible, dulces, higos y bombones. Todo lo que es azucarado y ácido resulta perjudicial á la salud de la dentadura. De igual modo, las materias duras, difícilmente digeribles, los licores, los helados, comprometen la belleza y el brillo del esmalte.

Indiquemos, por último, para terminar estos ligeros consejos altamente beneficiosos á la higiene bucal, en qué consiste lo que los Orientales llaman *Se-*

creto del harem, y que usan para conservar el brillo admirable de sus dientes blanquísimos.

No estriba en otra cosa que en masticar, diariamente, lágrimas de mastic árabe, cuyo jugo saborean con delicia.

¡QUIÉN SUPIERA GUIJAR!

El porvenir de los cocineros no hay duda que está en Oriente.

El sultán de Turquía tiene un lujo en sus cocinas que «quita la cabeza». No hablemos de la suntuosidad del servicio ni de los «pajaritos volando» que engulle, á diario, su perezosa majestad. Lo verdaderamente estrambótico consiste en la serie de altos funcionarios, cuya misión estriba en pasearse por las cocinas vigilando todas las operaciones consiguientes á la nutrición de su señor.

El sultán tiene un miedo horroroso á morir envenenado. De ahí, el que haga montar guardia constante junto á sus cocineros y pinches, guardias que á su vez están sometidos á la inspección de otra ronda de más categoría formada por personajes palatinos, cuya obligación principal es saber «de cocina».

Este verdadero ejército de cocineros honorarios tienen asignados los más pingües sueldos, siendo sus «comineras» funciones aquéllas que mejor premia el precavido y glotón sultanazo.

Boga de las tarjetas postales

El *Post Office* acaba de publicar los siguientes elocuentísimos datos, que prueban hasta dónde se ha extendido el uso de la tarjeta postal.

Las Administraciones de Correos del imperio alemán contrastaron durante el año último noventa millones de tarjetas, siguiéndole Inglaterra con ochenta y cinco y los Estados Unidos con ochenta millones de postales.

Ocupan los japoneses el cuarto lugar de esta curiosa estadística, siendo digno de consignarse que poco antes de su última guerra con los rusos apenas se veía una postal expedida desde el Japón. Súbitamente se empezó á hacerlo, y en un año lanzaron cincuenta millones de tarjetas. Así se muestra en todo este pueblo progresivo, modelo en el don de asimilarse rápidamente la civilización en grandes como en pequeños detalles.

En Francia, circularon durante 1907, cuarenta y cinco millones de tarjetas postales.

Respecto de España, nada dice el *Post Office*. Milagro sería que fuésemos incluidos en alguna estadística mundial.

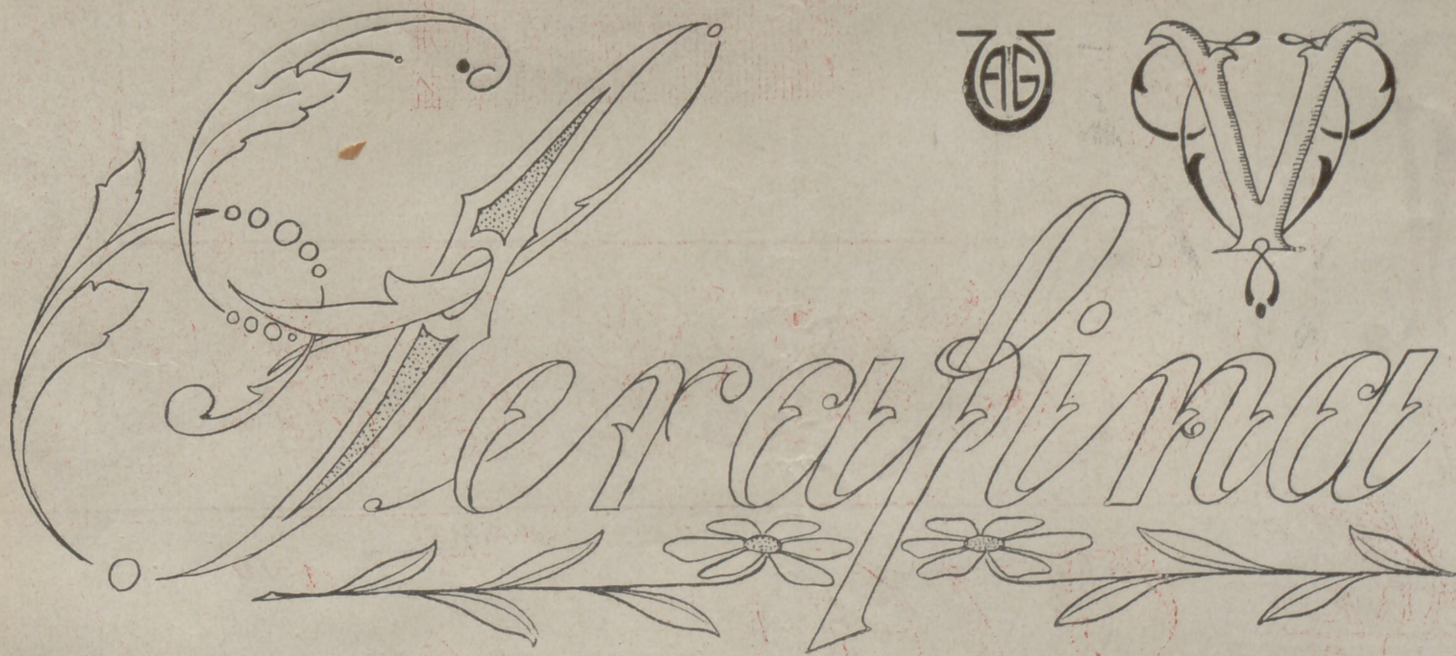
A NUESTRAS SUSCRIPTORAS RECOMENDAMOS LAS SIGUIENTES CASAS

Novedades para señoras. Encajes, confecciones, lanería. *Martín G.º Labiano*. Plaza Santa Cruz, 1. Esquina á La Bolsa.

REGLAS Método infalible para toda clase de retrasos. Farmacia: Burot, 18, Nantes (Francia).

FIGURINES EXTRANJEROS Administración general en España: *San Alberto, 1, Madrid*

Academia de corte para señoritas. La más perfecta enseñanza. Villanueva, 17. Madrid.



Nombre para bordar en ropa de cama y enlaces para pañuelos.

1. *P*

2. *W*

3. *S*

4. *R*

LARA

Crispiniano



M. SALVI.

10

Virtudes